

LA FIGURA DE DON AIRE
Monólogo dramático en un acto

Eliás Hacha Soto

Profesor agregado de bachillerato con destino en el IES Rodrigo Caro. Participó en el libro-exposición Lieva, canto visual y onírico en la Sierra de Aracena. Ha colaborado en Cuadernos de Roldán y en varios periódicos y revistas literarias entre las que destacan Sin Embargo, Tranvía y recientemente Tinta China. Algunos de sus poemas aparecen en Cuadernos de Caridemo, dentro de la antología poética de Huelva De Punta a Cabo. En solitario ha publicado el poemario Versos Custodios (El Sobre Hilado), la novela Ilumi, el otro sol (Biblioteca de la Huebra) y el libro de relatos El Sol Atornillado (Editorial Renacimiento). El nº 1 de esta colección incluye su ensayo-ficción Tractatus cabalístico-philosophalis

“El gracioso es la inteligencia práctica, activa de la comedia. Su cerebro plantea ardidés, es sugeridor de tramas y es el que pone remedio a los males. La nobleza es el espíritu, pero el espíritu perdido en la contemplación. El personaje que a ella se subordina, gracioso o no, se encarga de tender un puente sobre el abismo que separa ambos planos. Si hay un medio de que el milagro soñado se inscriba en los contornos de la realidad, ese medio depende de la industria del criado”

José F. Montesinos: “*Algunas observaciones sobre la figura del donaire en el teatro de Lope de Vega*”, en *Estudios sobre Lope*, México, 1951.

Todo el escenario se reduce a un velador de bar -redondo, metálico, humilde, actual- y una silla. Sobre el velador están los preparativos para comer que se van nombrando en el monólogo. No estarían de más un cenicero, un servilletero también metálico, etc.

El personaje ronda los sesenta, sin ser anciano.

La copa ha de ser de cristal incoloro, para vino tinto, grande.

.....

(Con la copa, en gesto avaro, a la altura del pecho)

¡Qué gusto no brindar!

(La deja, pausadamente, sobre la mesa)

Mi copa, ¡solitaria!
al lado de la jarra
de buen pitarra espeso.

Un solo tenedor,
un solo plato, sola
una hogaza de blando
pan moreno... ¡qué gusto,
señores, no brindar
por la dama de nadie
ni por fortuna ajena!
¡A la salud del aire!

(Alza la copa y bebe)

Disculpen. Me presento.
Aunque si bien lo pienso,
siendo sólo ficción
mi presencia y mi ausencia
vienen a ser lo mismo...

Al fin y al cabo, yo
 conozco ya el papel
 que me toca apurar
 en este breve enredo.

¿Conocen de igual forma
 los señores el suyo?
 Mejor que rectifique:
 Señores, les presento.

*(Mira al público, barriendo la sala
 con los ojos de lado a lado, larga e
 inquisitorialmente)*

Según creen los creyentes
 hay un dios que los crea
 y ellos así se sienten
 intérpretes reales
 de una real historia.

No alcanzo a tanto yo.
 Ustedes, sólo ustedes,
 este enjambre de mentes
 que da en llamarse público,
 me modelan ahora
 con la arcilla fugaz
 de su atención alerta:
 No fue Vega, ni Rueda,
 ni ningún otro Lope,
 ni Calderón, ni Tirso,
 ni Rivas, ni Zorrilla...

Ustedes crean mi voz,
 me adjudican espíritu.
 Lo que el público siente
 es toda mi materia.

Tal es, hoy, su papel,
 ser mi Dios, uno y muchos,
 el Dios del Paraíso
 que reposa en butacas,
 el Dios del Gallinero.

Yo apenas soy un cuento,
 un breve personaje
 que ustedes van creando
 y que dentro de... nada...,
 en el caso mejor,
 cumplirá su destino

de morir abrasado
 por el fuego piadoso
 de una salva de aplausos.

Por eso es mi precepto
 creer sólo en ustedes:
 sólo en ustedes soy,
 sólo ustedes me juzgan,
 sólo a ustedes les rezo.

*(Se llena la copa y la alza en
 dirección al público)*

¡Vaya por Dios, señores!

*(Da un buen trago, y permanece un
 instante pensativo con la copa en la
 mano, de nuevo contra el pecho)*

¿Soy personaje, dije?
 Mas, ¡ay!, qué más quisiera...
 Yo soy el personaje
 que siempre se repite,
 el que todos esperan.
 Un tipo. Soy... un tipo.
 Figura del donaire.
 El gracioso obligado.

¿No han visto, por los pueblos,
 a esos pobres dementes
 o alegres borrachines
 precediendo la banda
 en la fiesta del Santo,
 que, a fuer de inevitables,
 parecen siempre el mismo?

Tal soy yo. De función
 en función, gesticulo
 con mi risa mellada
 mientras dura el cortejo
 de mi noble señor
 a su señora noble.

Y si piensan ustedes
 que tengo recompensa
 detrás del escenario,
 bajo la falda alegre
 de una alegre criada...
 olvídenlo, no existo

sino aquí, frente a ustedes,
mientras piso las tablas.

¡Detrás...! ¿Detrás de qué?
¿Detrás de un sueño, acaso?

*(Da un pequeño sorbo a la copa y
permanece absorto por un instante.
Casi repentinamente reacciona y
vuelve a conectar con el público)*

Perdónenme, señores,
esta impropia licencia;
no acostumbro a caer
en tales desahogos.
Bien me sé yo quien soy,
lo que de mí se espera
con la justa razón
de quien pagó su entrada.

Pero en tanto que llega
mi excelente señor
con su capa excelente
y su excelente labia,
en este breve almuerzo,
-aunque sea por mis años-
permitid que me muestre,
por una vez, distinto.
Les prometo que, en cuanto
por la puerta aparezca,
saltaré y brincaré
y diré chascarrillos,
y mostraré la sal
de mi sin par torpeza.
Ya no ha de tardar mucho...

(Vuelve a llenar la copa. La mira)

De cuando en cuando agrada
beber solo. Dejar
a un lado las alforjas,
despojarse del lastre
de la obligada gracia,
de impostura y halagos.

Librarse, sobre todo,
de componer razones
que nunca se precisan
y consejos antiguos

que no se escuchan nunca:
Cuando el gracioso cita
al rey Salomón
todo el mundo porfia
a ver quien coge el chiste.

Y qué risa, si bebe;
y si canta, qué risa;
qué risa, si se enfada;
si le atizan, qué risa;
qué risa, si le humillan;
si le insultan, qué risa;
qué risa, si se asusta;
si suplica, qué risa;
y qué risa, si llora;
y si se va, qué risa...

*(Tras un silencio estático, dirigiéndose a la
invisible barra de la taberna)*

¿Sale ya mi secreto?
Estupendo. Yo mismo
lo recojo en la barra.
No, no. Postre ninguno.
Hoy ya tengo bastante
con la carne. Parece
tierna. Y poco hecha.
Tal como a mí me gusta.
Que se sienta la sangre,
que rezume rosada
cuando la hoja corte.

*(Con el plato cogido de la oscuridad
se sienta a la mesa. Saca una navaja
automática del bolsillo y se pone a
comer)*

¿Gustan? Es un decir.
No tengo yo poderes
para multiplicar
molletes ni filetes.

Me mandó mi señor
que lo esperara aquí,
pero no que esperara
mi estómago en la espera.

Tiene cosas que hacer
que a mí poco me importan

-él lo dice, no yo-:
 entrar por altas puertas
 por las que yo no quepo,
 hablar con altas gentes
 a las que yo no alcanzo,
 estirar alto el cuello
 por probar si le llega
 a su alta cabeza.

Yo, que sin alzas voy,
 como me corresponde,
 prefiero la taberna:
 conversar con cualquiera
 y mirar donde piso.

(Come)

Estos jóvenes amos
 del siglo veintiuno
 no son ya lo que eran,
 pero tienen su cosa.
 El caballo que gastan
 es rampante, la espada
 ya no existe: estoquean
 con un móvil, de lejos.
 Son mucho más veloces
 pero llevan más prisa...

Salvo por esos cuatro
 detalles sin sustancia,
 en poco se distinguen
 de los amos de siempre.

Siguen siendo la nata
 del mundo, los que importan,
 la viril ambrosía
 que las damas devoran,
 ternura de las madres,
 de los padres orgullo,
 la mano vengadora
 que en la lucha no tiembla,
 la percha atornillada
 en el centro del mundo,
 la aspiración secreta
 de todo el vestuario.

Son ellos. Ellos. Ellos.

Me podríais decir:

“Un tipo, igual que tú,
 que te andabas quejando
 de ser tan sólo eso”.

Mas no tendríais razón.
 Porque yo soy *un* tipo,
 pero ellos son *el* tipo.
 Prototipo, arquetipo,
 idea, molde, mapa,
 cúspide a la que aspiran
 los anhelos más nobles.

Yo sólo me parezco
 a mí mismo. El amo
 se convierte en reflejo
 de los sueños del público.

Del público. Del dios.

(Rebaña el plato con un migajón)

También yo soy piadoso
 en las oscuras horas
 donde reina el silencio;
 también mi corazón
 busca a veces su altura.

¿Quién no quisiera ser
 modelo para un dios,
 aunque sea tan sólo
 para encarnar su sueño
 más oculto y terrible?

*(Aparta el plato vacío. Llena la
 copa, se levanta y bebe)*

Extraños pensamientos
 trajo la carne roja.
 Que los ahuyente el vino.
 Mejor no pensar mucho
 con la barriga llena.

*(Vuelve a beber, ahora dando un
 gran trago)*

¿A quién quiero engañar?
 El vino pide charla,
 la lengua está a su gusto

y quiere movimiento,
nunca llega la siesta
si está viva la copa.

(La llena)

Parece que se tarda.
No diré que me quejo.
Jamás viví un papel
tan largo y tan seguido.

Tendrá almuerzo más fino
mi señor, de seguro,
y siesta más gustosa
(desnudo y con compañía,
que orinal y pijama
son más propios de hombre
cansado y solitario.
Más propios de... gracioso).

¡Compañía! ¿Desde cuando
no se levanta en armas
este viejo alacrán?

(Se tienta las partes)

Yo apenas fui romántico;
mucho menos, platónico.
Siempre sentí las cosas
a la manera llana.

Sólo una vez amé,
y fue de cuerpo entero
a cuerpo entero. Nunca
he logrado ver oro
entre el pelo de nadie,
nunca rechiné un diente
en cuello de marfil,
nunca caté yo fresas
cuando besé una boca,
sino carne y saliva;
nunca me dejó ciego
el sol de una mirada.

Todo fue bien sencillo:
Me encapriché de ella,
la quise como mía,
ella prefirió a otro.

Nunca volví a tener
capricho semejante.

La quise. No me quejo.

Hasta el día de hoy
bien calmé mis ardores:
cuando joven, más gratis;
más de pago, de viejo.

Sin embargo, no crean,
amos he conocido,
sobre todo en mi época
primera, que sufrieron
(al menos, lo decían)
esos floridos síntomas,
declarándose locos,
mártires o posesos
(lo que debía ser cierto,
ya que, encima, adoraban,
como a diosa, la causa
de tales desvaríos).

A mí me hacían gracia,
mas nunca gasté bromas
(no delante de ellos)
porque algo me decía
que esta rara locura
era tomada en serio
por casi todo el mundo.

Y pasaron los siglos
y no se halló vacuna...

¡Pero qué digo, torpe,
si la tengo en la mano...!

(Muestra la copa y bebe)

Después de la que quise,
anduve algunas veces
con criadas o amas
(de llave, no de hacienda),
con putas -si hizo falta
tramando algún enredo-.

Jamás una señora
de alta alcurnia y herencia.

Lavanderas, actrices
de las de carromato,
alguna cocinera,
parientas recogidas
por amor de la dama...
gente de pueblo, en fin,
con amo, como yo,
metal de bolsa ajena.

Así han de ser las cosas.
Que nadie se confunda.

Que nos eleve el vino
mientras dure la farsa
de vivir, que nos haga
sentirnos especiales,
libres, alegres, únicos;
y el día en que se acabe
nos iguale la muerte:
no está mal el consuelo.

*(La jarra está vacía. Se dirige con
ella hacia la supuesta barra)*

Esta ya se acabó...
espero que no sea
el día. ¡Camarero!
Me gustó tu vinillo
de la casa. Probemos
otra jarra. Mejor
este santo remedio
que cualquier postre dulce
que me coma otro diente.

*(Regresa al velador con la jarra
llena. Se llena la copa.)*

Que nos eleve el vino...
¡El vino y otras cosas
me elevaron a mí!
De todo ha de probar
quien frecuenta arrabales
y trata con viciosos
y con trotaconventos:
No sólo ofrece uvas
Madre Naturaleza.

Amigos monjes tuve,
y amigos nigromantes:

y todos cultivaban
semillas bien extrañas.
Entre unos y otros
me aficioné a los libros:
con todos me atreví,
que en la misma Alcalá
aprendí *linguam laciam*.

Fue fiebre pasajera:
Se me cerró el estómago
después de un bebedizo
que me mostró mi estrella,
la estrella de Don Aire:

Pocos saben, del aire,
que tiene toque y silbo.

Ardiente y pasajera
frescura para el rostro;

para la inteligencia,
melodía secreta
que ya nunca se olvida.

El aire habita en mí.
En él habito yo.
Por eso a veces hablo
como en rachas de aire,
con la garganta al aire.
Al aire que repleta
los cielos, alimento
y gozo, semillero
y destino, materia
y anhelo. Al aire vivo
que mi rostro no olvida.
Al aire siempre libre
que despliega y que sopla
las infinitas velas
de aire que entretejen
los sueños con el mundo.
Al aire que reclaman
mis pulmones, al aire
que aspiran mis palabras.
Al aire que se lleva
los rastrojos del odio.
Al aire que sostiene.
Al aire que protege
y ayuda a mantener
los ojos siempre abiertos.

Ya ven qué pensamientos
me regaló mi estrella:
No quise más lecturas.

Pero no me arrepiento.
Siempre guardo conmigo
el recuerdo de aquellos
pobres alucinados
rendidos a su afán
de rascarse el cerebro,
a su ansia por cifrar
los misterios del hombre
sin más guía ni Biblia
que el fuego que les daba
su propio desvarío.

Nada quise decirles
de mi estrella. La estrella
no puede ser contada
sino a quien la atrapó.

Desearía que alguno
de los dioses presentes
supiera lo que digo:
Aunque yo nada soy,
sólo me llamo, tengo
en mi zurrón de pobre
la piedrecita blanca.
Y un día será roja.
¡Quizás hoy, si sigo
con la labor del riego!

*(Se lleva la copa a los labios, pero se
arrepiente y la deja sobre la mesa sin
haber bebido)*

¿Ven lo que les dije?
Es lenguaje de magos
y locos cabalistas.
No hay mal que no se pegue
a quien anda rodando
fuera de las murallas.

Más fácil es decir
que una noche, la vida
derramó sobre mí
un esportón de risa
y que por eso tienen
ustedes el derecho

de reclamar mi gracia.

Hoy no ando sobrado,
ya les pedí licencia.
Mas cualquier otro día,
con más o menos suerte,
nunca faltó mi empeño.

Y así seguirá siendo,
que hoy es... como la estrella,
un raro contrapunto,
irrepetible fuga
que burla y que completa
la rueda del destino.

Por un día no rige
la elíptica del género:
no hay comedia española
ni enredo, ni trifulca,
ni Arte Nuevo ni Añejo;

nada ocurre siquiera
sino que un sesentón
almuerza, bebe vino
y habla más de la cuenta:
sin embargo, no duden
que están ante el Gracioso
entero y verdadero.
¡Qué fuga irrepetible!

Quizá todos los años
que un hombre vive siendo
lo que el mundo le dice
no tienen más sentido
que un día solo y raro
en que todo es distinto.
¿Por qué no habría yo
de merecer mi día,
dejar un solo día,
una función tan sólo,
de vivir a la sombra
y ser protagonista
aquí, ante vuestros ojos,
aunque después quedase
por siempre en el olvido?

Llevo quinientos años
cumpliendo cabalmente
con mi nombre, mi mote,

con mi diminutivo
a secas y sin don:
Chuti, Clarín, Perico...

Quinientos años, digo,
de recadero fiel
que alivia y que distrae,
pero que no apasiona,
que nunca sobrecoje
la entrañas del dios.

No les gusta, ¿verdad?
Quizá nos parecemos
en exceso. Puede ser
que los señores dioses
resulten demasiado
semejantes a mí
y prefieran soñar
con honores y amores
en un mundo ideal
antes que con gracias
que obedecen, y siguen,
y giran, giran, giran
en la inercia sin magia
del diario trabajo,
de la casa diaria,
del cotidiano orgasmo,
del mismo bar de copas,
del mismo hipermercado,
de las fiestas idénticas
que llegan en su fecha,
de las mismas comidas,
de los mismos semáforos.

Pierdan cuidado ustedes.
Si fuera sólo eso
no sería teatro
lo que aquí están creando.

Vendrá dentro de poco
quien vive de otra forma,
quien baja a los infiernos,
aquel que ni un instante
vive sin aventura.

No creo que ya se tarde
vuestro hermoso galán:
apenas su presencia
replete el escenario

y los primeros versos
manen desde su boca
tendréis lo que ansiáis:
una paloma, un águila
con la que alzar el vuelo
y no este petirrojo
con el pecho manchado
y la camisa tinta
de pitarra.

Vendrá,
no lo dudéis, vendrá,
como el drama requiere,
quien os sepa guiar
por un mar de emoción
y un terraplén de vértigo.

*(Mirando hacia la esquina posterior
del escenario donde supuestamente
está la puerta de la taberna, y
dirigiendo la palabra hacia ella)*

Pero ¡qué ven mis ojos
que llena de alegría
este corazón viejo!
¡Aquí está mi señor!
Parecéis cansado.
Ya os atiendo, esperad.

*(Se va acercando, jocoso, hasta la
esquina)*

Permitid que os devuelva
este gozo que al pecho
me trae vuestra presencia.
Seré el mejor bufón:
¡Miradme cómo brinco!

¡Contemplad esta mella
cual puerta del abismo
del círculo noveno!

¡Acompañad mi danza
bufa y macabra, loca,
gozad la desvergüenza
de mi afilada lengua,
celebrad la insolencia
de la hoja afilada
de mi vieja navaja!

(Apuñala tres veces la oscuridad, la última muy lentamente. Un grito sordo. Se vuelve hacia el público, con la hoja ensangrentada, goteando)

Por fin la he conocido.
¡La gloria de Don Juan,
de Medea, de Orestes,
de Don Crespo, de Otelol!

Tenía que matar.
No os habríais inmutado
con un simple suicidio.
Así,

(muestra al público la hoja de la navaja)

os hierva la sangre
por el héroe inocente.

Mi público, mi Dios,
los que me habéis creado,
esta vez sí os importan
los actos del gracioso.

Todo el drama se cierra
en torno de mi hierro.
Mi mano pone el fin.

Aquí no hay más modelo
que un pobre siervo odioso,
mezquino y vengativo;

o, tal vez, sea un hombre
como todos vosotros
que juntó fuerza un día
para cortar de un tajo
la sogá que lo ataba
a su destino.

(Levanta la jarra en gesto de brindis)

¡Libre!

(Bebe brutalmente de la jarra)

Nadie ríe... ¡qué risa!
¡Que venga el alguacil!
¡Que venga el carcelero!
No se puede prender
con cuerdas a Don Aire!
¡Y menos todavía
si Don Aire ya ha muerto!

(Apoyado sobre la mesa, ríe largamente. Después, encarando al público, da la vuelta a la navaja, apuntando a su propio pecho. Tras unos instantes, moja un dedo de la otra mano en el líquido rojo que impregna la hoja. Se lo lleva a la boca y lo saborea.)

Jarabe de cerezas.
¿Os parezco cadáver?
Don Aire no se muere.

Don Aire nunca cambia.

No mata a su señor,
ni aspira a la tragedia,
ni quiere ser modelo,
ni le importa un ardite
lo que piensen los dioses.

Suele beber alcohol
y alguna vez le da
por montar una farsa.
Para reírse él,
también tiene derecho...

Nunca cambia
Don Aire.

*(Ancha sonrisa. Telón o apagón.
Fin)*